

—*Tú eres del West Side. Sabrás quién es Charlie Sollers, ¿no?*

—*No.*

—*La historia de Sollers se remonta hasta los tiempos de Franklin y Fremont. Quiero decir, hasta los años sesenta, joder.*

—*¿Sollers?*

—*Vendía heroína como si fuera agua. Quiero decir, el hijo de puta ganaba dinero.*

—*No sé de quién cojones me estás hablando.*

—*Sé que no lo sabes. Y la policía tampoco. Y los granujas de medio pelo tampoco tendrían ni puta idea. Porque Charlie Sollers solo vendía droga. No tenía otro perfil. No tenía disposición. Simplemente, comprar por un dólar, vender por dos.*

Proposition Joe habla con Stringer Bell
(*The Wire*, segunda temporada)

Prólogo

Era la segunda vez que venía a Estocolmo para un trabajo. La primera vez fue para una boda, como guardaespaldas de uno de los invitados. Habían transcurrido diecisiete años y por aquel entonces era joven. Recuerdo que tenía ganas de que llegara el día siguiente para ir de juerga por Estocolmo y ligar con rubias. La boda en sí era un acontecimiento importante, comparado con las de mi país. Decían que también en Suecia se consideraba importante; habría unos trescientos invitados. Y, claro, todo estaba muy bien organizado. Los novios salieron de la iglesia vestidos con abrigos de piel. También tenían una hija pequeña, una niña muy guapa, y ella también llevaba un abrigo de piel. La pareja de novios fue conducida desde la iglesia en un trineo tirado por cuatro caballos blancos. Su hijita se quedó con la niñera, saludando con la mano desde las escaleras de la iglesia.

El aire era limpio, la nieve brillaba y el cielo era claro. Recuerdo que pensé que Suecia debía de ser el país más limpio del mundo. Luego vi las caras de los invitados. Algunas mostraban alegría y otras admiración. Pero había una cosa que se reflejaba en todas: respeto.

El que se casaba entonces era el mismo del que tenía que ocuparme ahora: Radovan Kranjic. Era una ironía del destino el

haber presenciado cómo se iniciaba la nueva vida que ahora me tocaba terminar.

No suelo calibrar mis sensaciones. Al revés, me aniquilo a mí mismo ante cada misión. Me han contratado y pagado, soy independiente: no hay nada personal en lo que hago. Pero esta vez venir a Estocolmo me parecía total, de alguna manera.

Iba a cerrar el círculo. A reinstaurar un equilibrio.

Entonces sucedió algo.

Llevaba todo el día en el Volvo. Cuando subí a la habitación, decidí limpiar mis armas de fuego. Las había comprado en Dinamarca, donde tengo contactos; después de la guerra contra el terrorismo, como la llaman los americanos, ya no entro en la Unión Europea con armas.

Había un Accuracy International L96A1 —un rifle de francotirador de un modelo exclusivo— y una pistola Makarov. Desmonté las armas y las coloqué sobre un mantel encima de la cama, limpias y relucientes. Sujetaba la última arma, un revólver, en la mano.

Entonces se abrió la puerta.

Me di cuenta de que se me había olvidado cerrar la puerta con llave, algo que siempre hago.

Era una señora de la limpieza. Me pregunté en qué clase de hotel de mierda me había metido, en el que el personal no llamaba a la puerta antes de entrar.

Miró mis armas durante algunos segundos. Después pidió disculpas y comenzó a retirarse hacia el pasillo.

Pero era demasiado tarde, ya había visto demasiado. Me puse de pie, levanté el revólver y le pedí que volviera a la habitación.

Tenía aspecto de estar cagada de miedo. Lo puedo comprender, esa era mi intención. Le dije que también metiera su carrito de limpieza en la habitación, y después cerré la puerta tras ella. Todo ese tiempo la apuntaba con el arma. Después dejé que limpiara mi habitación.

Le llevó como mucho diez minutos, se notaba que era una profesional. Limpió la pequeña superficie del suelo con la aspiradora, pasó un paño por todas las demás superficies y limpió el lavabo y el váter con agua. Era importante para mí que lo hiciera con esmero.

Mientras tanto, yo hacía la maleta.

Cuando terminó, le pedí que echara un vistazo al pasillo para ver si había alguien. Estaba vacío. La empujé hacia delante. Salimos, y le dije que abriera la puerta de otra habitación. Abrió una que estaba a dos puertas de la mía.

Entramos. Era una habitación desordenada. Parecía que la persona que estaba allí disfrutaba haciendo sufrir a las señoras de la limpieza.

Cerré la puerta.

Ella me miró.

Cogí una almohada.

Levanté el revólver y le metí un balazo en el ojo, a través de la almohada.

PARTE 1

Capítulo

1

El club de estriptis de la calle Roslagsgatan estaba reservado. Jorge echó un vistazo al sitio: focos rojos en el techo, butacas de terciopelo en el suelo y publicidad de neón de Heineken en las paredes. Mesas redondas con manchas de cera, manchas de cerveza, y no quería ni imaginar qué otro tipo de manchas. Una barra de bar en uno de los laterales, un *disc-jockey* en un rincón, un pequeño escenario junto a la pared de enfrente. La barra de las estríperes, de momento sin chicas. Pero detrás del bar, cuatro chorbas que enseñaban más piel que ropa estaban tomando champán. En breve aquellas tías se deslizarían por la barra. Enseñándolo todo a los tíos.

No era un ambiente de lujo desmesurado, precisamente. Pero daba lo mismo; la gente creaba ambiente. Jorge reconocía a muchos. Había venido con su primo Sergio y su colega Javier. Vio a Mahmud al fondo, en las butacas. El *hermano*¹ estaba sorbiendo champán. Haciendo piña con sus propios colegas: Tom Lehtimäki, Robban, Denko, Birra.

Jorge saludó a Mahmud con la cabeza, guiñando un ojo, queriendo decir: «Ya te veo, amigo, luego parlotemos». Tenían

¹ En español en el original. A partir de ahora, las palabras en español en el original irán en cursiva. Se reconocen fácilmente por el contexto. [*Todas las notas son del traductor*].

que hablar de mañana. J-boy: apenas podía esperar. Podía ser algo grande lo que se estaba cociendo. La vuelta a la vida g de gánster. Lejos de la vida m. M de magdalenas.

Jorge había pasado una mala noche. Todo el asunto: como el Agente Smith contra Neo. La oscuridad contra la luz. La vida vikinga: una cosa que te desgastaba. *The dark side*. El lado oscuro. Al mismo tiempo: este asunto que iban a montar..., algo guay. El lado bueno: iba a tener una oportunidad; con tal de que llegasen a aquella reunión mañana, todo saldría bien.

Quizá.

— ¡El Fugitivo!

Jorge giró la cabeza.

Babak venía hacia él con los brazos abiertos y una sonrisilla falsa. El iraní le dio un abrazo. Palmaditas en la espalda. Clavándole cuchillos verbales.

— ¿Cómo va la cafetería, tío? ¿Seguro que no sacas más margen vendiendo kebabs que café?

Jorge echó la cabeza hacia atrás. Mirando al tío desde treinta centímetros de distancia. Le dio el regalo: un Dom Pérignon 2002, un lujo de la hostia, según decían.

Babak: el *homie*² más viejo de Mahmud. Babak: el profeta-camello iraní, un imán para los coños, cargado de chulería de barrio, o eso al menos pensaba él. Babak: había hecho el viaje que Jorge una vez había planificado. Le había robado el camino que estaba allanado para él. Empezando en la calle. Aprendiendo cómo funcionaban las cosas. Comprendiendo el mercado, cómo los tipejos del extrarradio habían empezado a meterse rayas como si fueran de Stureplan, pero multiplicado por un billete. Había entendido el futuro. La farla, hoy en día: más común en casa de los veinteañeros que la hierba entre los quinceañeros.

Podía haber sido el juego de Jorge. Su operación. Pero no fue así.

² «Colega».

Y hoy el iraní invitaba a todos los chicos al local. Fiesta con estríperes, champán y barra libre de birra. Los asistentes de Babak habían entregado las tarjetas de invitación. Con letras góticas impresas: «¡Celebrémoslo como auténticos bandidos! Cumpló veinticinco e invito a champán, snacks y chicas. El club Red Light de la calle Roslagsgatan. Ven como te apetezca».

La actitud de Babak irritaba como una picadura de mosquito en el culo. El centelleo en los ojos del iraní. El tono: lapos en plena cara. El pequeño pringado sabía que Jorge y Mahmud se rompían el culo todos los días como las putas rumanas un sábado por la noche. Sabía que no facturaban ni la mitad en un mes de lo que él se levantaba en una semana. Sabía que los yugoslavos les chupaban pasta a cambio de protección. Fijo: sabía que Hacienda andaba detrás de ellos soplete en mano. Cien por cien: el puto Babak entendía que la vida de cafetero no funcionaba para J-boy.

Lo que Jorge no terminaba de pillar era por qué Mahmud no le soltaba una hostia ya, cortando relaciones de una vez por todas. Daba asco.

Pero lo que más asco daba era la palabra que Babak acababa de usar: Fugitivo. Ese nombre..., en serio, Jorge no lo aguantaba. Fugitivo..., menudo *bullshit*. Babak daba patadas a un tío que ya estaba en el suelo. Retorcía el cuchillo hasta completar una vuelta más, echaba chili en las heridas.

Hacía casi cinco años que Jorge se había fugado de Österåker. Cierto, muchos chorbos del local habían oído su historia mil veces. Una leyenda de héroes entre la gente de los barrios. Un cuento con el que soñabas cuando el cemento de las paredes de la celda te ahogaba. Pero también, como en todos los cuentos, toda la peña sabía cómo terminaba la historia. El latino, la leyenda, J-boy, el Fugitivo... tuvo que volver al trullo. Como un *loser*. *Adiós* a la libertad. Era una historia de mierda.

Y Babak nunca desperdiciaba una ocasión de recordárselo.

Unos tíos del BMC estaban en el bar: los chalecos de cuero como uniformes negros. Estampados del Unporciento, MC Sweden y The Fat Mexican sobre los pechos y en las espaldas. Tatuajes en el cuello, los antebrazos, alrededor de los ojos. Jorge conocía a algunos de esos tipos. No podían haber sido dueños de cafeterías, precisamente, pero eran tíos legales. Al mismo tiempo, sabía lo que pensaba la gente que hacía la vida de nueve a cinco cuando veía a estos chorbos. Más o menos como si hubiera estado escrito en letras fosforescentes sobre los chalecos, una sensación: miedo.

Se desenredó de Babak.

Más adentro, al lado del escenario, vio a los primos y los familiares. Racimos de pequeñas copias babakianas con pelusa en el labio superior. Para ellos, poder estar en la misma fiesta que la mitad de Bandidos MC Stockholm sería como un pedazo de fiesta de famosos.

Un tío comenzó a acercarse a Jorge. La silueta: como la de un mono. Hombros exageradamente anchos, brazos que colgaban hasta la mitad de los muslos. El tío: hinchado a anabolizantes, pero parecía que se había olvidado de las piernas, sobresalían por debajo como dos tubos para coca.

Era Peppe. Un colega del trullo de Österåker.

Jorge no lo había visto desde entonces.

Peppe llevaba chaleco. En la parte izquierda del pecho: la palabra *Prospect*. Evidentemente, se estaba convirtiendo en un peso pesado.

— ¡Qué pasa, *brushan!*

Se abrazaron. Jorge tuvo cuidado de no tocar el chaleco. Era innecesario joder las reglas de los unporcientos.

— ¿Y cómo te va, *brushan?* ¿Ya mojas algo? — preguntó Peppe.

El tío debía de ser racista hasta la médula, pero aun así su sueco del programa del millón era auténtico. Jorge se tronchó. El tío tenía el mismo humor que antes.

—Ocurre, *brushan*, ocurre —contestó Jorge, pronunciando la palabra *brorsan*³ de la misma manera que Peppe. Luego dijo—: Ya veo que te has hecho con un chaleco.

—Ni te puedes imaginar lo que mojo con él. Es la hostia.

—¿Con el chaleco puesto?

Peppe puso cara de póquer.

Jorge iba a decir algo. Se detuvo. Echó un vistazo a Peppe. El tío, con la mirada fija.

—No tolero bromas sobre él —dijo, finalmente.

A Jorge se la sudaba todo el asunto. Algunos tipos se tomaban sus colores demasiado en serio.

Pero después de diez segundos Peppe volvió a sonreír.

—El cuero en la piltra no me va. ¿Pero has probado con esposas? Es muy bonito, te lo digo en serio.

Se partieron juntos.

El colega de Bandidos cambió de asunto, siguió parlotearlo. Ingeniosas ideas para el negocio de la construcción. Fraudes fiscales, facturas falsas, salarios negros. Jorge asentía con la cabeza. Era interesante. Era importante. Incluso estaba pensando en pedirle ayuda a Peppe con el tema de los yugoslavos. Al mismo tiempo, conocía la regla: todo el mundo debe ocuparse de su propia mierda.

Y todo el tiempo: no podía dejar de pensar en el día de mañana.

Mañana.

Jorge se tomó lo que le quedaba de la copa de champán.

Al día siguiente. Sensación abolsada bajo los ojos. Dolor de día-después en la mollera. El aliento como un chorizo de mierda untado en alcohol de quemar. Aun así: una especie de relajación. Con su

³ La palabra *brushan* corresponde al uso coloquial de los inmigrantes para referirse a «hermano», mientras que el uso coloquial del sueco convencional es *brorsan*.

mejor amigo, Mahmud. Camino de Södertälje. Camino de lo que podría ser la reunión más importante de la vida de J-boy.

Eran las dos y media. Él y el árabe en el coche de los dos. O en realidad: la propietaria del coche era la empresa de la cafetería. Una de las pocas ventajas: se podían comprar tantas historias a través de la empresa. Móviles, ordenadores, DVD, televisores con 3D y WiFi y Full LED. Cualquiera cosa más o menos, o eso al menos opinaban ellos. Hacienda no estaba de acuerdo, eso habían podido comprobarlo.

A lo que iban: a algo grande. El asunto mayúsculo en la capa más selecta del mundo bandido. Las sagas de éxito abundaban en el cemento: el golpe de Hallunda, el de Arlanda, el robo del helicóptero. Y todo el mundo sabía que no eran muchos los que dominaban la planificación, que solo unos pocos tenían las recetas. Pero Jorge había conseguido una puerta de entrada.

Y era a uno de ellos al que iban a ver ahora. Uno que sabía cómo había que manejar las cosas. Un cerebritito.

Había empezado a llover, el invierno estaba empezando a ceder el control.

Mahmud apagó la calefacción de su asiento.

—Se me cuecen las pelotas. Te puedes quedar estéril, ¿sabes?

—¿Qué pasa, tenías previsto ser padre o qué? ¿A quién vas a embarazar? ¿A Beatrice?

Mahmud giró la cabeza.

—A Beatrice se le da bien vender *latte*, pero seguro que será una madre inútil.

—Tampoco se le da bien vender *latte*, joder. Deberíamos contratar a otra.

—Vale, pero que no esté demasiado buena, lo paso muy mal.

Dejarón atrás Ikea en el lado izquierdo de la carretera. Jorge pensó en su hermana. A Paola le encantaba Ikea. Estaba tratando de decorar su casa. Atornillar y colocar estanterías con instrucciones que tardabas cien años en comprender, clavar mar-

cos con pósteres en las paredes de enlucido en las que los ganchos siempre se soltaban al cabo de unas horas. Construir una vida. Adaptarse. Pero ¿adónde creía que le llevaría todo eso? No se convertiría en sueca solo por tratar de ser vikinga.

Era inocente. Aunque Jorge la quería a ella y a Jorgito más de lo recomendable.

Mahmud parloteaba sobre la fiesta de Babak de la noche anterior. Cuál de las estríperes estaba más buena. Quién de Robert y Tom había conseguido puntuar. Quién de Babak y Peppe levantaba más pasta. Jorge no tenía ganas de escucharlo; demasiada idolatría hacia el iraní.

Fuera de la ventanilla: la estación del tren de cercanías de Tumba. Sobre la carretera colgaba una señal: Alby. Mahmud le miró de nuevo.

—Mis *hoods*⁴ están por ahí. Eso lo sabes, ¿no?

—¿Estás de guasa o qué? Si llevas la palabra Alby y la línea roja tatuadas por todo el cuerpo. Claro que lo sé.

—Y ahora vamos a Södertälje, eso también casi cuenta como mis *hoods*.

—¿Y? Has estado allí antes.

—¿Qué pasa si conozco a ese tío al que vamos a ver?

—No creo que lo conozcas. Denny lo llama el Finlandés. ¿No conocerás a más Finlandeses aparte de Tompa Lehtimäki?

—Vale, pero puede que no sea finlandés. Puede que sea de los barrios del sur. Ya sabes, hubo un follón de la hostia hace unos años. La guerra de bandas contra Eddie Ljublic y su gente. Así que si el Finlandés es de aquí, es posible que estuviera metido en aquello. Y si es así, hay una posibilidad del cincuenta por ciento de que estuviera en el lado equivocado. Que estuviera en el lado de los maricas.

—¿Como que cincuenta por ciento? El riesgo es mucho menor.

⁴ Del inglés *neighbourhood*, «barrio».

—Sí pero no. O estaba con los maricones o no lo estaba. Hay dos alternativas. Una cosa o la otra, eso es cincuenta-cincuenta. Así que creo que se puede decir que es del cincuenta por ciento.

Jorge sonrió.

—Eres un personaje.

Al mismo tiempo: las preguntas se le amontonaban en la cabeza. ¿A quién iban a ver, en realidad? ¿Cómo podían saber que no era un infiltrado de la policía? ¿Iba a haber negocio con él? Y si no, ¿qué iban a hacer con Hacienda y los yugoslavos? El estado sueco y el estado de los yugoslavos estaban a punto de reventar la cafetería.

El aire caliente del coche chorreaba ruido. Los limpiaparabrisas chirriaban.

Quizá: camino del asunto más gordo de toda su vida.

Quizá: camino de una nueva vida.

Veinte minutos después. Södertälje. La ciudad satélite a la que ellos se turnaban para ir cada dos mañanas. El sitio donde la gente de extrema izquierda quemaba tiendas de alimentación, donde los chicos de Ronna abrían fuego a la comisaría con rifles automáticos, donde el X-team estaba en guerra contra la hermandad siria y las panaderías industriales hacían el *ciabatta* más jugoso al norte de Italia. La ciudad desde la cual Suryoyo TV y Suryoyo Sat emitían programas de televisión por todo el mundo, el lugar que en realidad se llamaba la Pequeña Bagdad.

Södertälje: el sitio en el que se decía que se planificaban más de la mitad de todos los robos a furgones blindados en Suecia.

Aparcaron en un parking cubierto detrás de la calle peatonal del centro.

Mahmud sacó un dispositivo antirrobo para el volante.

—¿Qué haces? —preguntó Jorge.

—Ya sabes, esto es Södertälje, de cada dos niños que nacen, uno es jugador de fútbol profesional y el otro, ladrón de coches.

— Venimos aquí todos los días, tío.

— Ya, pero justo aquí no. No al centro.

Jorge soltó otra sonrisa socarrona.

— Creo que estás un pelín majareta. Estamos en un parking.

Salieron del coche. Caminaron hasta la calle Storgatan.

El tiempo seguía aburrido.

Alrededor: sobre todo pensionistas, adolescentes y señores con bigote que estaban tomando cafés en las cafeterías.

Mahmud señaló a los ancianos.

— Esta es justo la pinta que tiene mi viejo. ¿A que sí?

Jorge asintió con la cabeza. Sabía: si Mahmud arrancaba en serio, podía pasar horas parlotando sobre cómo la Suecia vikinga había traicionado a su padre. Cómo Beshar primero no había encontrado trabajo, cómo había vivido de los servicios sociales para después encontrar curro, un curro que le había jodido la espalda hasta tal punto que tuvieron que darle una baja médica de por vida. Y su colega tenía razón, pero Jorge no tenía ganas de escuchar.

Abandonaron la calle Storgatan por una calle perpendicular.

Sonó el móvil de Jorge.

Paola.

— Soy yo. ¿Qué haces?

Jorge pensó: «¿Le digo la verdad?».

— Estoy en Södertälje — dijo.

— ¿En alguna panadería?

Paola: J-boy la quería. Aun así, no tenía fuerzas.

— Sí, claro, dónde voy a estar. Hablamos luego, estoy con las manos llenas de magdalenas — dijo.

Colgaron.

Mahmud lo miró de reojo.

El sitio al que iban, un poco más adelante: la pizzería de Gabbes.

Sonó el tintineo de una campanilla cuando abrieron la puerta. Una pizzería de barrio chungo de principio a fin. Una pared

de ladrillo crudo; en la otra pared, un cartel descolorido: «Novedad, pizza taco mejicana». Jorge pensó: «Meganovedad, esa publicidad llevará allí desde los noventa o algo así».

En las mesas había viejas revistas para señoras y suplementos de *Aftonbladet*.

Eran las cuatro. La pizzería estaba vacía.

Un tipo salió de la cocina. Delantal manchado de harina, camiseta con letras rojas: «Gabbes lo hace mejor». Alrededor del cuello colgaban dos gruesas cadenas de oro.

Jorge guiñó un ojo al pizzero.

—Vadúr me ha enviado.

El tío los miró fijamente. Mahmud se movió nerviosamente detrás de Jorge. El pizzero volvió a entrar en la habitación detrás del mostrador. Habló con alguien en voz baja, o quizá por teléfono. Volvió a salir. Asintió con la cabeza.

Salieron por la parte trasera. Un Opel negro. Jorge echó un rápido vistazo al coche.

El asiento del copiloto y el asiento trasero estaban llenos de cartones de pizza. El tipo de las pizzas se puso al volante. Jorge y Mahmud tuvieron que sentarse entre los cartones del asiento trasero. Salieron del centro. Pasaron el centro comercial, el juzgado, los aparcamientos. En las afueras de la ciudad: los bloques del proyecto del millón se extendieron como cadenas montañosas, tan parecidas a su propio territorio.

Hasta el momento, el pizzero no les había dicho ni una sola palabra.

Mahmud se inclinó hacia Jorge, susurrándole al oído:

—Este tío corre el riesgo de morir ahogado, con todo el peso que lleva.

—¿Y eso? —le contestó Jorge, susurrando.

—Todo ese oro que lleva alrededor del cuello tiene que pesar más que una bola de *bowling*. Si el tío no se anda con cuidado la próxima vez que prepare salsa de tomate es muy posible que caiga para abajo y no vuelva a salir.

Jorge estuvo a punto de soltar una risita. Las bromas de Mahmud le relajaban, rompían la tensión un poco. En realidad, no había razón para preocuparse hoy. Si funcionaba, funcionaba, y si no, no.

Salieron del coche junto a una torre.

El pizzero pulsó el botón del ascensor. Esperaron. Las puertas metálicas chirriaron. Inscripciones con firmas de grafiteros, números de teléfono de supuestas putas, tacos en árabe.

Subieron. A Jorge le parecía que la sensación de la tripa era casi como la de los ascensores rápidos. Sexto piso. Salieron. El tío sacó unas llaves. Abrió una puerta. A Jorge le dio tiempo de ver el nombre en el buzón: Eden. Parecía una señal.

El piso tenía pinta de estar deshabitado. No había ropa, no había percheros, no había zapatos ni zapateros. No había alfombras, espejos ni cómodas en el vestíbulo. Solo una bombilla solitaria que colgaba del techo. El pizzero hizo un gesto con las manos: Tengo que cachearos.

Jorge miró a Mahmud. El tío ya no parecía estar de humor para bromas. Ahora simplemente había que *go with the flow*⁵.

Movimientos rápidos y ligeros: un profesional.

El pizzero hizo otro gesto: Podéis entrar.

Jorge iba primero. Pasos cortos, silenciosos. Un pasillo. Paredes grises. Pobre iluminación. Entraron en una habitación más grande. Había tres sillas colocadas en el medio.

El tío los dejó solos. Otro hombre entró en la habitación.

Llevaba vaqueros negros, una oscura sudadera con capucha y un pasamontañas sobre la cabeza.

—Bienvenidos, sentaos —dijo el hombre.

Las sillas crujieron. Jorge respiró hondo.

La persona hablaba un sueco perfecto.

⁵ «Seguir la corriente».

—Podéis llamarme el Finlandés. Y tú, Jorge Salinas Barrio, pasaste tiempo con mi colega Denny Vadúr. Así que hay razones para confiar en ti. A Vadúr le conozco desde hace tiempo.

—Denny es un tío guay —dijo Jorge.

El otro se quedó callado un rato.

—Sí, es majo —dijo finalmente—. Pero no es guay, eso lo has dicho tú. Habla demasiado. Y metió la pata la última vez. Bueno, ya sabes dónde lo conociste. Quiso ir por libre. Y entonces eso es lo que pasa. Pero conmigo es diferente.

Sonaba como si el Finlandés estuviera comiendo algo, chasqueaba la lengua al final de cada frase.

Jorge esperó a que siguiera.

—Me habéis buscado porque queréis una receta —dijo el Finlandés.

—Así es.

—Y eso no es algo que vayas regalando por ahí sin más. Lo entendéis, ¿no?

—Sí, claro, eso cuesta.

—Eso es, cuesta. Pero no es solo eso. También tiene que haber una sensación adecuada. Tengo que confiar al cien por cien en todos los que estén metidos. Dejadme que lo diga de esta manera: soy un comerciante de la planificación. Vendo una estrategia. Una receta. Pero ninguna estrategia funciona, por buena que sea, si la gente que está metida no da la talla. Es una totalidad. ¿Lo entendéis?

Jorge asintió con la cabeza sin decir nada. No estaba seguro de haberlo comprendido todo.

—Vosotros podríais ser las personas adecuadas. Podríais constituir las piezas que conforman la totalidad.

Jorge y Mahmud no se atrevieron a interrumpir.

El tío continuó chasqueando la lengua.

—Quiero que encontréis a cinco chicos de confianza. Y no pueden ser unos idiotas. Luego quiero que me deis una lista con sus nombres y números de identificación. Escrita a mano.

Jorge estaba esperando para ver si iba a haber más. El Finlandés estaba callado.

—No hay problemas, lo conseguiremos —dijo Jorge, al final.

—Y eso no es suficiente. ¿Sabéis qué más se necesita?

Otra vez silencio. Jorge no sabía qué contestar. Todo el asunto: raro. No era como había pensado que iba a ser. Se había esperado un tío como él, quizá unos años más mayor: un chorbo del cemento que había tenido éxito. Uno que se había colocado a sí mismo en la cima. Uno que podía relajarse, dejando que los demás hicieran el trabajo sucio. Pero eso del pasamontañas y la dicción pija; vale que la gente quería esconderse, pero esto se parecía más a una película de Beck⁶ que a la realidad.

Al mismo tiempo, Jorge lo sabía: era auténtico. Había oído las historias en el trullo, en Sollentuna, de colegas y colegas de colegas: los que poseían las recetas eran serios. Meticulosos. Exageradamente cautelosos.

Mahmud miró a Jorge. Ahora le tocaba decir algo.

—Hacen falta muchas cosas —contestó—. Hace falta una buena planificación. Hace falta una buena organización.

El Finlandés le devolvió la pelota inmediatamente.

—Es cierto. Pero ahora escuchad y aprended. Aquí va mi primer consejo. Ningún golpe a gran escala ha tenido nunca éxito sin contar con una persona que esté dentro. Hace falta un *insider*; esta es la parte fundamental de cada golpe. Alguien que sepa todo sobre el furgón blindado en cuestión y, a poder ser, que tenga acceso a él. Y yo llevo años colocando a ese tipo de gente.

Jorge solo pudo decir una cosa:

—Joder.

—Es una manera de decirlo. La persona que mejor conozco lleva más de siete años en el sector de la vigilancia. Confían en

⁶ Serie de películas suecas sobre el agente Beck, basadas en las novelas de Maj Sjöwall y Per Wahlöö.

él para cualquier tarea. Así que, si vamos a hacer algo, lo vamos a hacer a lo grande.

En su interior: Jorge no podía dejar de sonreír. Esto era algo muy grande. Esto era el principio del fin del curro como propietario de una cafetería. El principio del fin del pobretón extorsionado. La muerte de las magdalenas.

Vio imágenes en la cabeza. Pasamontañas. Oscuros maletines de dinero. Fajos de billetes de quinientas.

Vio dinero fácil.